



Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía.
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
Universidad Nacional de La Plata

La posmodernidad y los usos de la historia

Omar Murad (UBA-CONICET-UNMdP)

Historia posmoderna y *practical past*

Los últimos trabajos de Hayden White introducen algunas inquietantes interrogaciones sobre el uso o la utilidad de la historia para la sociedad y para los individuos. En efecto, encontramos al menos dos estrategias argumentativas distintas que tienen por objeto desangenciar el pasado del monopolio de los historiadores y habilitarlo nuevamente como un instrumento de orientación para la acción.

En primer lugar, nos encontramos con una argumentación que distingue dos tipos distintos de historia, la “tradicional” y la “posmoderna”. En segundo lugar, la pregunta de White excede el mero campo disciplinar de la historia y nos reenvía a la función que el relato del pasado puede tener en las sociedades actuales. Analicemos la primera línea argumentativa.

White denomina “posmoderna” a una cosmovisión actual que, pese a sus diferentes manifestaciones, en todos los casos incluye una fuerte preocupación por la historia. El posmodernismo debilita la naturaleza fundacionista de la historia, mostrando que es “construido” lo que antes los historiadores creían haber “descubierto”. Este es uno de los rasgos distintivos de esta nueva preocupación por la historia. El otro es lo que ha denominado textualismo. Por él entiende:

“la idea de que el texto escrito constituye un paradigma de cultura, que las producciones culturales pueden ser mejor entendidas bajo el modelo de la producción textual y que la interpretación de la cultura es mejor interpretada por medio de prácticas de lectura exactamente análogas a aquellas practicadas en la lecturas de los textos. Pero el texto de los posmodernistas no es el texto de los humanistas (filólogos, historiadores anticuados). El texto de los posmodernistas es un tejido de figuras y tropos, un “artefacto que se autoconsume...” (White 2010: 160)

La historia posmoderna se encuentra en entredicho la historia tradicional, aquella que se viene haciendo desde el siglo XIX y tiene en las pretensiones de “objetividad” y de “verdad” de sus relatos, el *leit motiv* de sus investigaciones. Esta historia “tradicional” o “profesional” halla en la historia posmoderna el peligro del relativismo moral y epistemológico. Por una parte, porque no reconoce la fijeza del pasado y, por la otra, porque tampoco reconoce ninguna garantía moral que fundamente el conocimiento histórico. Al contrario, señala White, la perspectiva posmoderna ofrece una visión saludable de la historia: evaluar el pasado desde la perspectiva de su utilidad para el presente.

La historia posmoderna entra en alianza con el modernismo literario que, consciente de la naturaleza construida del relato histórico, hace de su labor de construcción el tema de su discurso. La escritura de la historia posmoderna se propone utilizar conscientemente las mismas técnicas de los textos literarios, poniendo en evidencia el carácter ficcional de la literalidad que pretenden y revelar, de esa forma, las distorsiones que operan sobre su presunto referente.

La otra línea de argumentación impugna la apropiación exclusiva del pasado por parte de los historiadores. White denomina pasado histórico (*historical past*) a la narración del pasado que se encuentra legitimada por la historia profesional. Se trata de la historia disciplinada, soportada institucionalmente, reconocida por sus profesionales, que trabaja según ciertas reglas de validación de los documentos. Para los historiadores profesionales, el pasado objetivo o real es aquel que produce la historia como disciplina. A esta idea del pasado opone el pasado práctico (*practical past*). Designa con este término la apropiación del pasado con el fin de operar en la realidad; es decir, se trata de la utilización del pasado de modo tal que permita orientarnos en el presente. El pasado práctico puede o no ser narrativo, pero en cualquier caso intenta responder a la pregunta ¿qué debo hacer?, es decir, a la pregunta por una máxima moral que sirva como guía para la acción. Toma este concepto de la filosofía de Michael Oakkeshott,

“y se refiere a aquellas nociones del pasado que todos nosotros llevamos en nuestra vida diaria y que configuran, a la fuerza y como mejor podemos, información, modelos y estrategias para resolver todos los problemas prácticos -desde asuntos personales a grandes problemas políticos- haciendo frente a cualquier cosa que consideremos nuestra situación presente” (White: inédito)

En esta línea argumentativa, entonces, White escinde el pasado de la apropiación que la historia como disciplina hace de él. Intenta rescatar una perspectiva más amplia que se sirva del pasado como guía para la acción en el presente. Para ello, le presta especial atención a la novela “modernista” tal y como aparece en escritores como Conrad, Proust,

Joyce, Eliot, Pound, Woolf, Kafka, Stein, Gide, etc., quienes se han preocupado en su obra sobre la relación entre el pasado y el presente o la memoria y la percepción. El punto es que la distinción entre hecho y ficción, que desde el nacimiento de la historia en el siglo XIX está implícita en la escritura de la historia profesional, es dejada a un lado para rescatar el valor performativo de la ficción, productora de significado, como guía de la acción o simplemente como mero horizonte en el que es posible desarrollar y justificar las acciones.

Es difícil que la historia profesional, tal y como está constituida, acepte este tipo de afirmaciones. Por el contrario, las pretensiones de objetividad y, sino de verdad, al menos de verosimilitud de la historia como disciplina científica, no pueden soportar la ruptura del contrato implícito en la narración histórica de que sus enunciados tienen referentes reales, cualquier cosa que eso signifique. Michel de Certeau es uno de los historiadores que ha reflexionado con mayor agudeza sobre la práctica histórica sin abandonar las pretensiones científicas propias de la disciplina. En lo que llama “operación historiográfica”¹, de Certeau se propone considerar críticamente el trabajo del historiador. En efecto, analiza la particularidad del lugar desde donde habla e investiga el que hace historia. Entiende por ello los conflictos sociales y la presión ejercida por el grupo de historiadores que instituyen las prácticas y las reglas que producen una obra histórica. El primer lugar, entonces, la institución y sus reglas. Dice de Certeau:

“Toda doctrina que rechaza en historia su relación con la sociedad, queda en el campo de lo abstracto. Niega lo mismo que la está produciendo. Padece entonces efectos de distorsión, debidos a la eliminación de lo que la sitúa en el mundo de los hechos sin que lo diga o lo sepa: un poder que tiene su lógica; un lugar sostenido y “mantenido” por una disciplina que se desarrolla en obras sucesivas, etcétera” (de Certeau 2003: 74).

El “nosotros” que el investigador sostiene en su escritura corresponde a una convención, que no sólo es el verosímil enunciativo de la semiótica, sino que expresa la relación de la obra historiográfica con la institución a la que se dirige. El historiador, antes que a un público, se dirige al especialista que es su par y que convalida o no su trabajo. La articulación de la historia y la sociedad se da antes que en la sociedad en la institución académica, en su sistema de permisos y prohibiciones sobre lo se puede o no decir.

Pero, en segundo lugar, la historia es también una práctica. Como tal, el lugar que se le concede a la técnica histórica la coloca del lado de la literatura o del lado de la ciencia². Para nuestro historiador, su disciplina comienza con la producción de documentos. La conversión de diversos objetos en documentos transforma en herramientas

¹ De CERTEAU 1993: Cap. II.

² De CERTEAU: 82

historiográficas a “recetas de cocina”, “canciones populares”, “distribución de terrenos”, “topografía urbana”, etc. “se trata de hacer hablar sectores enteros de objetos que duermen en la documentación”³. En pocas palabras, se trata de la construcción del archivo.

La historia actual, además, trabaja con un instrumental prestado de diversas áreas de las ciencias sociales: modelos sociológicos, económicos, psicológicos o culturales. Atrás quedó la función totalizadora, en la cual la historia había sustituido a la filosofía en indicar el sentido de las cosas. El conocimiento histórico aparece ahora fragmentado en múltiples historias: económica, biológica, lingüística, cultural, etc. En lugar de trazar la dirección totalizadora de una teleología, produce diferencias significativas que ponen en evidencia la distancia que media entre el pasado y el presente⁴. Si admitidos el pluralismo metodológico y la posibilidad de que el conocimiento científico asuma diversas formas, entonces podemos reemplazar la pretensión de un discurso verdadero por un discurso verosímil.

Finalmente, de Certeau señala dos movimientos contrarios que ocurren dentro de la explicación histórica. El primero de narrativización del discurso histórico, pasaje del contenido a su expansión, es decir de un modelo acrónico a una secuencia cronológica. Por el contrario, el segundo movimiento es de semantización del material, pasaje de acontecimientos a series de enunciados y a la constitución de secuencias históricas programadas. Ambos sistemas heteróclitos producen un discurso mixto que supone un constante deslizamiento metafórico entre uno y otro sistema, en el sentido aristotélico de “paso de un género a otro”.

La verosimilitud del discurso histórico puede, sin embargo, ser verificada bajo la forma de la narración, la cual requiere, para sostenerse, de una autoridad que le otorgue confiabilidad. La cita sobre el documento tiene un valor referencial e introduce, paratexto mediante, el efecto de lo real. En este sentido funciona como una máquina “que obtiene de la cita, una verosimilitud para el relato y una convalidación del saber; produce pues confiabilidad”⁵. En suma, se reemplaza a cualquier forma de explicación causal, propia de las ciencias duras, por una interpretación, de modo tal que ocurre un desplazamiento dentro del mismo modelo explicativo. En otras palabras:

“... El discurso histórico bajo la forma de la narración busca ofrecer un contenido verdadero sustituyendo la verificabilidad por la verosimilitud, y deslizándose desde la categoría de causalidad propia de la explicación científica hacia la de sucesividad. La

³ Furet, François, citado por De CERTEAU: 88.

⁴ De CERTEAU: 99

⁵ De CERTEAU: 42-43

legitimación del discurso histórico reside en la verosimilitud de los enunciados y en las relaciones de coexistencia que determinan la coherencia del discurso. Es la relación entre los objetos, actores, prácticas, etc., que establece el historiador la que está sometida a prueba. En tanto que la operación historiográfica se define fundamentalmente en la configuración de estas relaciones..." (Novo 2001: 96)

En esta versión de la disciplina histórica encontramos debilitada las pretensiones decimonónicas de cientificidad de la historia, esto es, de verdad y objetividad, pero no su renuncia definitiva. El estatuto científico de la disciplina encuentra su salvaguarda en garantías procedimentales e institucionales.

Diferenciándose de esta perspectiva, en la línea de pensadores contemporáneos que se han servido del pasado para guiarse en el presente, distinguiendo cuidadosamente su trabajo del de los historiadores, encontramos dos ejemplos uno en la obra de Hannah Arendt y otro en la de Michel Foucault que analizamos a continuación.

Arendt

Arendt no trabaja con el pasado ni como una historiadora, ni al modo del filósofo, sino que lo hace como narradora, como *storyteller*⁶. Buena parte de su obra está dedicada a establecer las condiciones y los usos de términos y distinciones de gran relevancia para el pensamiento político (*vita activa, praxis, espíritu, etc.*). En este sentido, hace un uso del pasado que le permite clarificar o, mejor dicho, contextualizar, los términos a partir de los cuales elabora su pensamiento. Pero, también, y de modo sustantivo, se sirve del pasado como un ejercicio que le permite comprender el presente.

La historia para Arendt es una narración de los asuntos humanos en la que el agente de la acción es su héroe, tal y como sucedía en los antiguos relatos homéricos. Los antiguos griegos pensaban la historia de un modo distinto a la historia moderna. La tarea de la historia era salvar las hazañas humanas del olvido y esta concepción enraizaba en el concepto y la experiencia que los griegos tenían de la naturaleza y de los dioses como algo siempre presente. En contraste, sólo el hombre y sus acciones son contingentes y mudables y están sometidas a la fuerza siempre presente del olvido. Por ello, ante todo, la palabra del poeta y del historiador, allí donde aún no existe la distinción entre uno y otro, se alza para inmortalizar las acciones humanas dignas de ser recordadas y, de esta forma, inmortalizadas.

⁶ Como señala Rita Novo, el alejamiento crítico que Arendt hace de la historia le permite dejar de lado la tensión que surge entre la dimensión narrativa de la escritura histórica y el uso de recursos de figurativos propios de la ficción literaria y sus pretensiones de verdad propias de una disciplina histórica. Novo, Rita (2011): *Hannah Arendt. El relato sobre Rahel Varnhagen*, Eudem, Mar del plata; p. 35.

La mirada retrospectiva del autor une a partir de la trama de su relato las acciones y los sucesos que están atravesados por la dispersión propia de lo que está sometido al tiempo. La narración es, para Arendt, un artificio lingüístico que le otorga significado a las acciones humanas. Ante todo, la acción humana, que constituye el objeto de la narración histórica para los griegos, es eminentemente política. La modernidad, al pensar la historia como proceso, confunde la fabricación con la acción, prescribiendo condiciones para la acción humana de la misma manera que la ciencia prescribe el comportamiento de la naturaleza. A diferencia de la fabricación, las consecuencias de la acción no son predecibles ni para el agente ni para el observador.

La acción tiene efectos que el agente no puede comprender, puesto que no puede prever sus consecuencias; y, además, tampoco puede controlarlas, puesto que estas acciones son irrevocables. Sin embargo, el espectador, el “otro” que participa de la acción como mero observador, puede dotar a la acción de significado y, finalmente *comprender*⁷. De modo que el relato de las acciones de los hombres, una vez que estas han terminado, permite comprender a sus agentes y conocer quiénes han sido estos. El *quién*, que se da a través de la narración de las acciones pasadas, permite develar la realidad, es decir, la relación entre los hechos y las acciones de los hombres. Además, re-significa la acción presente, pues le da significado permanente al teatro del mundo: se trata de repensar (comprender) y dotar de significado a la historia a partir de la actualidad, re-actualizando al mismo tiempo el campo de acción política.

Al contrario de las pretensiones de la historia científica, el significado no se desprende de la subsunción de lo particular a lo general. El relato permite comprender los acontecimientos en su singularidad y dar cuenta, al mismo tiempo, de las conexiones necesarias del entramado en el que la acción se inserta. Los fenómenos individuales no pierden su unicidad pero son puestos por el relato en el contexto de una perspectiva más amplia.

La perspectiva histórica asumida por Arendt parte de la tesis de la ruptura del hilo de la tradición, es decir, que los conceptos y las experiencias heredados ya no resultan útiles para dirigir las acciones o carecen simplemente de significado. La actividad del pensamiento entonces se vuelve política cuando se sirve de la interpretación del pasado para orientarse en un presente que no tiene, a priori, continuidad con el pasado. Arendt ilustra este hecho con una conocida parábola de Kafka en la cual dos enemigos

⁷ “Sin embargo, el elemento imitativo no sólo se basa en el arte del actor, sino también, como señala Aristóteles, en el hacer escribir la obra, al menos en la medida en que el drama cobra plena vida sólo cuando se interpreta en el teatro. Únicamente los actores y recitadores que re-interpretan el argumento de la obra son capaces de transmitir el pleno significado, no tanto de la historia en sí como de los héroes que se revelan en ella”, en: *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós, 1998; p. 211.

amenazan a “él”, uno por detrás “desde los orígenes, el otro por delante. Él lucha con ambos, uno lo empuja hacia delante y el otro hacia atrás. Pero sueña que, en un momento de descuido y en una noche inimaginablemente oscura, “pueda escabullirse del frente de batalla y ser elevado, por su experiencia de lucha, por encima de los combatientes como árbitro”.⁸

El rico y complejo significado que la interpretación de Arendt le atribuye a esta parábola no puede ser tratado en el breve marco de este trabajo, pero sí podemos mencionar algunos de sus puntos destacados. El tiempo, en esta metáfora espacial, es concebido como dos fuerzas opuestas que impactan contra el hombre que tiene que soportar sus potencias. En contra de lo que podría pensarse, el pasado empuja hacia el futuro y el futuro hacia el pasado. El punto de vista del hombre -señala Arendt- no es el presente, sino esa brecha entre el pasado y el futuro en la cual la postura que cada uno adopte en su lucha le otorgará existencia. El sueño, que lo eleva por encima de la lucha pero no fuera de ella, representa el momento de reconciliación, de reactualización del mundo a través del pensamiento y la comprensión, *con* y *en* esa brecha de tiempo que a cada uno le es dado como su presente.

Foucault

La relación de Foucault con el pasado es sin duda compleja. En primer lugar, porque establece con ella una sola relación sino múltiples ajustes y calibraciones metodológicas. En segundo lugar, porque obstinadamente su trabajo con la historia no es ni el de un historiador ni el de un filósofo de la historia, aunque prácticamente todos sus trabajos remiten a un análisis del pasado.

Sin la pretensión de ser exhaustivos, podemos tomar una reflexión de Foucault sobre su obra que nos permitirá formarnos una idea del tipo de trabajo que este pensador ha desarrollado en su tratamiento del pasado. Al final de entrevista realizada en 1977 en *Le Quinzaine Littéraire*, Foucault decía lo siguiente a propósito de *La Voluntad de Saber*:

“... En cuanto al problema de la ficción, es para mí un problema muy importante; me doy cuenta que no he escrito más que ficciones. No quiero, sin embargo, decir que este fuera de la verdad. Me parece que existe la posibilidad de hacer funcionar la ficción en la verdad, y hacer de tal suerte que el discurso de verdad suscite, “fabrique”, historia a partir de una realidad política que se hace verdadera, se ficciona una política que no existe todavía a partir de una realidad histórica” (Foucault 1992: 165).

⁸ ARENDT 1996: 13 y 1984: 232 ss.

Esta breve mención al problema de la ficción⁹ reviste de gran importancia puesto que Foucault la aplica retrospectivamente a su obra precedente y, sobre todo, porque implica una concepción de la verdad. Dice claramente: “no quiero decir que esté fuera de la verdad”. La ficción tiene efectos de verdad, “suscita”, “produce” verdad. ¿En qué sentido? Podríamos decir que la ficción tiene efectos performativos sobre el lector o espectador. La realidad histórica se ficciona para producir una realidad política.

Esta concepción de la historia o, mejor aún, del trabajo con el pasado, evidentemente deja de lado la cuestión de la “objetividad” o de la “verdad” sobre lo acontecido. De hecho, parte del supuesto de que en cierta medida la verdad última o definitiva sobre lo acontecido es incognoscible. En su lugar, el discurso histórico es pensado como una ficción que produce efectos de verdad. Buena parte de su trabajo consiste en demostrar el modo en que los objetos del saber de las denominadas ciencias sociales son productos del discurso, de ciertas regularidades discursivas que responden a diversas problematizaciones. Pero no es en el discurso en donde la verdad encuentra su fundamento, sino dentro de las relaciones de poder, como un efecto de estrategias de poder que suponen la verdad y al mismo tiempo la producen. De hecho, la verdad misma tiene su historia, tal y como también había señalado Nietzsche antes de Foucault. “La verdad y su reino imaginario -dice Foucault- han tenido su historia en la historia” (Foucault 1992: 11). La verdad siempre es política para Foucault, en tanto es el producto de una lucha y está al servicio de asegurar ciertas posiciones tácticas en el discurso y legitimadoras de ciertas estrategias de poder.

Foucault señaló que la crítica del presente es la tendencia filosófica que comienza en el texto de Kant sobre ¿qué es la Ilustración? y se instaura a partir de Hegel y Marx en la filosofía de la historia. En el siglo XIX los efectos sociales disruptivos del capitalismo generan un tipo de reflexión orientadas al hombre en su dimensión histórica. La historia, en efecto, desde el siglo XIX sirve de modelo y de límite a las ciencias humanas, a partir del cual encuentran su legitimidad epistemológica y a la vez la garantía moral de su verdad. La genealogía, entendida como un trabajo de deconstrucción del discurso y las relaciones de poder que lo sostienen, pone en evidencia que la verdad es justamente el producto de ciertas luchas que pueden localizarse históricamente. El trabajo crítico que realiza sobre la historia tiene por objeto mostrar la diferencia o discontinuidad entre el pasado y el presente no con fines teóricos sino prácticos. Señaló, también, que este trabajo crítico es un *ethos*, es decir, un trabajo sobre los límites de uno mismo que implica un ejercicio de la libertad. Para Foucault, mostrar los elementos que nos han constituido

⁹ Ficción en este contexto se refiere más que a ciertos recursos literarios a un régimen de verdad que está inscrito en lo real y que produce lo que no existe previamente como algo dado. Para ver esta cuestión cfr. Veyne, Paul: (2010) *Foucault pensamiento y vida*, paidós, Barcelona; especialmente cap. 8: “Una historia sociológica de las verdades: saber, poder, dispositivo”.

históricamente como sujetos “de lo que hacemos, pensamos o decimos” permite localizar tácticamente los límites que es posible superar en el juego incesante de la libertad (1996: 103-105).

A modo de cierre o conclusión

Para finalizar quisiéramos volver a Hayden White, revisando algunas cuestiones que hemos mencionado sobre el uso del pasado en la acción presente. Desde un punto de vista disciplinario como el que sostiene de Certeau, admitida la narrativización de la explicación histórica, sus pretensiones de cientificidad quedan relegadas a una práctica que se sostiene institucionalmente, cuya conexión con la sociedad si bien se dice necesaria, se sabe mediada por los expertos y sus prácticas profesionales. En este sentido, la historia profesional está más preocupada por conservar su legitimidad disciplinaria que por el impacto o la utilidad que pudiera tener para orientar acciones en el presente.

El caso de Hannah Arendt es bien distinto. En su uso del pasado se aleja de cualquier pretensión científica o filosófica, para rescatar reconstrucciones narrativas del pasado que permiten la comprensión y reconciliación con el mundo. Admite pues, el carácter inventado de toda narración histórica, destacando su función política. Resulta problemático, sin embargo, encasillarla bajo la denominación de posmoderna. Su estilo narrativo está inspirado en los antiguos griegos mucho más que en los modernos. En este sentido, rehabilita una concepción de la historia en la que el historiador y el poeta aún no se habían distinguido uno del otro.

Foucault, en cambio, es tomado paradigmáticamente como un historiador posmoderno. Más allá de los problemas acarrea esta denominación¹⁰, lo cierto es que en su obra aparece claramente una apropiación del pasado en función de su uso en el presente, que supone la ficcionalización de la historia y la utilización de la capacidad persuasiva del discurso con intenciones prácticas.

Para finalizar, quisiéramos destacar la importancia del llamado de atención de Hayden White sobre la apropiación del pasado con fines prácticos por fuera de la historia profesional. Arendt y Foucault, con estilos e intenciones fundamentalmente distintas, muestran claramente la posibilidad de elaborar un discurso que se sirva del pasado y que

¹⁰ Foucault mismo trazó su propia genealogía o mejor dicho su filiación filosófica colocándose en la fila de lo que denominó una “ontología del presente”. Es decir, en la línea de pensadores que siguiendo una de las posibilidades que Kant inaugura en el pensamiento moderno se dedicaron a problematizar el presente (“la actualidad”) a través de la historia. En este sentido Foucault reconoce que su proyecto es moderno antes que posmoderno. Cfr.: Foucault: *¿Qué es la ilustración?* especialmente el texto de 1983.

sea operativo socialmente, sin necesidad de solicitar para sí las prerrogativas de la ciencia ni la legitimidad de la filosofía.

Bibliografía

ARENDR HANNAH (1984), *La vida del espíritu*, Madrid, Centro de estudios constitucionales.

----- (1998), *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós.

----- (1996), *Entre el pasado y el futuro*, Barcelona, Península.

DE CERTEAU, MICHEL (1992), *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.

NOVO, RITA: "La desviación en los supuestos de la nueva historia", en: Revista de la Facultad de Filosofía, Ciencias de la Educación y Humanidades de la Universidad de Morón., nro. 8, mayo-junio 2001. ISBN n° 0328-3895.

FOUCAULT, MICHEL: "¿Qué es la Ilustración?" (1983) en: (1996), *¿Qué es la ilustración?* La Piqueta, España.

----- (1992), *Microfísica del poder*, La Piqueta, España.

WHITE, HAYDEN (2010), "El posmodernismo y las ansiedades textuales", en: *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Buenos Aires, Prometeo.

----- *Practical past*, versión inédita.